



**Gustavo de Álvaro, 82 años**  
**Paloma García García, 21 años**

## **Volar para ser libre**

Siempre he pensado que con cada persona mayor que se nos va de nuestro lado, se nos va un pedacito de historia. Qué pena que mi abuela no pueda volver a contarme sus historias de la vida, de la guerra, qué pena que no nos las escribiera. María es una niña muy afortunada. Cuando crezca podrá tener el más preciado recuerdo de su abuelito Gustavo de Álvaro. Le ha recopilado en forma de cuentos, anécdotas de toda su trayectoria aeronáutica. Parecen enseñanzas, entre las que Gustavo ha dotado de verdadera importancia el valor de la amistad.

Gustavo desde bien pequeñito ha sabido diferenciar la libertad y ha luchado por alcanzarla. No encontró mejor forma de ser libre que imitando el vuelo de los pájaros. Le llamaba mucho la atención volar y, desde que comenzó a volar con los aviones sin motor, hasta que acabó siendo Comandante de importantes aviones comerciales.

Aprobó uno a uno los títulos para el pilotaje sin motor. En el título "A", tanto él como los aprendices que aspiraban a ello, debían conseguir hacer la bicicleta. El profesor sujetaba el ala cuando el avión estaba sobre una pequeña colina. La soltaba y Gustavo tenía que mantenerlo y saltar cinco o seis veces a un metro, más o menos, de altura. El título "B" consistía en que otros compañeros sujetaban de la cola del avión, y cuando la soltaban, volaban desde la cima de la colina hasta el valle. El tercer título, el "C", se complicaba. En esta última fase debían mantener el vuelo durante quince minutos, todo un reto para estos aviones.

Poco a poco fue ascendiendo y aspirando a más. Para ganarse la vida qué mejor que dedicarse a lo que te gusta, pues Gustavo empezó a enseñar en la Academia General del Aire, tanto teoría, con las matemáticas, como práctica, con los aviones alemanes Bücker. Con 25 años, en 1948, tenía bajo su responsabilidad a cuatro o cinco alumnos en las prácticas. Le cuenta a María que siendo profesor allí en la Academia, en Santiago de la Ribera, cerca del Mar Menor, su abuelo voló durante algunos minutos con el ala rota, ¡qué peligro! Y con esta historia, quiere enseñarle a su nieta lo importante que es anteponer la amistad ante cualquier cosa, por muy perjudicado que puedas salir.

Era un soleada y muy temprana mañana de otoño de 1948. Como de costumbre, los profesores salían de la base principal, cada uno con su avión para llegar al campo donde cada uno se ocupaba de sus alumnos. Éstos llegaban al campo todos juntos en un autobús. Es importante aclarar que se trata de un campo y no de una pista. Era un terreno llano tan grande como el Bernabéu. El avión era de color gris, pequeñito, con sus dos alas, el motor en la parte delantera y una hélice en la punta. No tan grande como para transportar pasajeros, pero lo suficiente bueno como para ser pilotado y resistir a duros incidentes...

Aquella mañana, nadie le advirtió a Gustavo de que su desayuno iba a estar más cerca del orificio por el que entró, que de poder hacer la maravillosa digestión. Y es que se llevó un susto tremendo cuando su amigo, llamémosle Daniel Alonso, inocentemente se atrevió a gastarle una broma como cuando un gorrioncillo se atreve a flirtear por los aires con una gorrioncilla. Y es que jugar sin los pies en la tierra pueda resultar peligroso... Tanto como ponerte a hacer acrobacias sin avisar.



Cada profesor iba en su pequeño avión, por delante iba Gustavo y, detrás Daniel. Al gracioso de Daniel se le ocurrió pasar muy cerca de Gustavo para asustarle. Lo que no planeó Daniel es que pudiese ascender el otro. Pero como ocurre con la tostada que se te cae con la mermelada para abajo, cuando baja un avión, sube el otro. Mientras descendía el guasón para aparecer y desaparecer como un disparo, a Gustavo le apeteció realizar una acrobacia en la que tenía que ascender. Pero bendita la hora en que a uno se le ocurrió bajar, y al otro subir... Los dos aviones colisionaron y el ala derecha del avión de Gustavo se rasgó hasta la mitad. Qué valentía sacó de sus entrañas para no perder el control por el miedo. Sin saber exactamente qué había ocurrido, ni quién le había dado, consiguió aterrizar en el campo. Lo primero que hizo fue salir del avión, sentarse en el suelo arenoso e intentar relajarse con profundas respiraciones. No sin antes quitarse el paracaídas que, en ese momento, le parecía un peso muerto insoportable para la situación de pánico que acababa de atravesar. Tenía que asimilar lo que había ocurrido y dejar que las palpitaciones de su joven y fuerte corazón volvieran al ritmo normal.

Durante el tramo de reposición, recibió una llamada desde la base. Su amigo, con su magnífica capacidad para crear bromas caóticas, había llegado a la base sano y salvo, a pesar de haberse roto también su propio ala. Le pidió agitado que intentara llegar a la base para arreglar los aviones. Había hablado con los mecánicos y éstos pusieron a su disposición alas de repuesto. ¡Pero tenían que arreglarlos cuanto antes! ¡Debía regresar ya a la base y así nadie se enteraría ni le sancionarían!

Y qué era para Gustavo volver a la base después de haber volado unos cinco minutos en la incertidumbre y nerviosismo de sentir que, de repente, tu avión había chocado. Habiéndose repuesto del susto y haciéndose a la idea de la que le podía caer a Daniel si algún superior se enteraba, volvió a subirse a su pequeño y fuerte avión. ¿Cuántos hubieran vuelto a coger un avión con un ala tarada sólo para salvaguardar el puesto y la dignidad de un amigo? Pues cualquiera de nosotros querríamos tener a Gustavo de amigo porque él lo hizo.

Gracias al silencio de los mecánicos y a la complicidad del resto de profesores, nadie se enteró del incidente en el que podrían haber salido heridos.

¿Y cuántas enseñanzas hay en esta anécdota? Para empezar y muy curiosa que: por muy pequeñas que sean las cosas, a veces son más valiosas que las más grandes. Para este tipo de aviones sirve aquello de: "Pequeñito pero matón", quién sabe lo que habría ocurrido si se tratase del ala rota de un Jumbo. Y para terminar, y no por ello menos importante, el valor de la amistad como valor supremo del día a día. Gustavo, sin ningún tipo de rencor, cuenta esta historia como cosas que pasan.

María, si hace caso de las experiencias de su abuelo, puede llegar a ser una de esas amigas que soñamos con tener. Lo principal, ante cualquier obstáculo, es la lealtad. Y como bien dice Don Gustavo de Álvaro: la amistad verdadera sólo se conoce en la adversidad.

## Lo importante de la vida

La libertad es la máxima en la ideología de Gustavo de Álvaro. Piensa que esta sociedad actual es mejor que en la que él vivió porque este valor, actualmente, está



más expandido. Siempre se ha sentido libre y, sigue siendo así. Añade que, otra diferencia entre esta sociedad y la suya, es la ignorancia de entonces. Le parece horrible lo que implica esta palabra.

Gracias a su profesión ha conocido muchísimos países, mucha gente y muchas culturas que le han abierto la mentalidad. Conoce muchas costumbres totalmente diferentes a las españolas y, no por eso, las critica o desprecia. Es un hombre que admira la cualidad del respeto. También admira a las sociedades que se basan en él.

Conoce muchas religiones y, como él dice, cada uno se cree que la suya es la cierta o la mejor, pero no las critica. Se limita a contar y a hablar de lo que conoce. Su experiencia le ha llenado de conocimiento, siempre de la mano del contacto social. Se considera machista pero no le atribuye nada positivo a esta cualidad. Comprende que su educación ha estado basada en la superioridad del hombre, pero asegura que la mujer es más inteligente y que tiene mayor capacidad de sufrimiento. Por lo que podemos deducir que, quizá no sea tan machista como él piensa.

Para sus 83 años tiene una mentalidad muy abierta. A su nieta, a través de sus cuentos, no deja de enseñarla que debe tener siempre un criterio propio a pesar de las convenciones sociales establecidas. Y le advierte además, de la maldad del hombre (como ser, no como género).

Le encanta leer y estar a la última con las nuevas tecnologías. Muchos más jóvenes que él, quisieran manejar un ordenador o conocer Internet y usar un teléfono móvil como él lo hace. Es un hombre que ha sabido adaptarse a cada época, independientemente de su edad.

La diversión en su vida no ha sido primordial, pero sí que piensa que uno puede divertirse realizando cada una de las actividades que le toque hacer. Lo primero que le vino a la cabeza cuando le pregunté por lo más importante en la vida, fue el amor, tanto para darlo como para recibirlo.

Me acabó diciendo que cuando uno llega a viejo lo más importante que tiene en la vida, es a sí mismo: "los viejos sólo pensamos en nosotros". Sólo hay que conocerle un poquito y oírle hablar de María, para saber que esa afirmación no es cierta.